

Carlos la miró con ojos desencajados.

— ¡ Oh ! señor, no me miréis, no me miréis. ¡ Dios mío, es vuestra mirada insensata que tanto daño me ha hecho !

— Tengo frío, dijo Carlos.

Odetta se precipitó en los brazos del rey apretándole contra su pecho para calentarle, y rodeándole con los suyos con todo el abandono de la inocencia.

— Aléjate, Odetta, aléjate, dijo el rey.

— No, no, replicó Odetta sin oírle; no os volveréis loco: Dios recibirá mi sangre, mi vida, y os dejará en cambio la razón; me quedaré á vuestro lado, no me separaré de vos un minuto, ni un segundo; seré vuestra sombra.

— Estarás así... en mis brazos.

— Así, así.

— Y me amarás, añadió Carlos, obligándola á sentarse encima de sus rodilas.

— Yo, yo, dijo Odetta cerrando los ojos y reclinando su desgredada y pálida cabeza en el hombro del rey; ¡ oh ! ¡ no debo, no puedo !...

Los ardientes labios de Carlos le sellaron la boca.

— Perdón, perdón, señor, me muero.

Y se desmayó.

Odetta se quedó.

X.

El baile de máscaras

Algunos días después de la escena que acabamos de contar, y estando Odetta á los pies de Carlos, mirándole con la cabeza apoyada en sus rodillas, entró precipitadamente Guillermo anunciando á la reina.

— ¡ Ah ! dijo Carlos, ya no teme venir á ver á un loco; como le han dicho que ha recobrado la razón, se arriesga á entrar en la cueva del león. Introducid á la reina en la antecámara inmediata.

— ¿ Qué tienes ? dijo el rey á Odetta.

— Nada, respondió la joven, enjugando una lágrima.

— ¡ Eso es una locura ! dijo el rey.

Después de haberla cogido la cabeza entre ambas

manos, besándola en la frente, la levantó; volvió á besarla segunda vez, y desapareció.

Odetta continuó en la misma postura en que el rey la había dejado. Un instante después se le figuró ver una sombra que se acercaba á su lado: volvió la vista.

— ¡ El duque de Orleans ! exclamó ocultando el rostro entre sus manos.

— ¡ Odetta !... dijo el duque mirándola con la inmovilidad de la estupefacción.

— ¿ Conque sois vos, dijo después de un instante de silencio, la que hace tamaños milagros ? Ya sabía yo que erais un espíritu encantador, y que podíais privar de la razón al más cuerdo; pero ignoraba que pudiérais devolver el juicio.

Odetta suspiró amargamente.

— Ahora ya comprendo, continuó el duque, esa virtud tan severa y adusta; sin duda alguna gitana os predijo que llegaríais á ser reina de Francia, y después de semejante pronóstico os pareció poco el amor del primer príncipe de la familia real.

— Monseñor, dijo Odetta levantándose y dejando ver al duque un rostro lleno de calma y dignidad, cuando vine á asistir al rey, me presenté á su lado como la víctima va al sacrificio, y de ningún modo como una cortesana que corre tras la fortuna: tal

vez entonces hubiese encontrado al lado del rey algún príncipe, cuya presencia me hubiera sostenido; pero al entrar aquí solo vi un desgraciado, sin más corona en la frente que una de espinas, un ser abandonado de Dios, privado de la razón y del instinto, y sin lo que la naturaleza ha concedido al último de los animales, el sentimiento de la propia conservación. Y ese hombre, señor, ese desgraciado era rey la víspera, y rey joven, gallardo y poderoso: en una sola noche había vivido treinta años; y de sol á sol su frente se había arrugado como la de un anciano; de todo su poder ni aun le quedaba la voluntad de ser poderoso, porque con su razón había perdido la memoria. No pude entonces resistir á la compasión que me inspiró aquella juventud envejecida, aquella hermosura ajada, al ver perdido tanto poder. Un rey sin trono, sin cetro, sin corona, arrastrándose por el suelo, pidiendo misericordia y sin tener nadie que le contestase, presentando sus brazos y nadie le alargaba una mano consoladora, un rey derramando copiosas lágrimas y sin tener nadie que las enjugase. ¡ Oh ! entonces conocí que yo estaba destinada por Dios para una grande y sublime misión; que hay posiciones tan admirablemente fuera de los cálculos de la vida, que ante ellas desaparecen las

convenciones habituales de la sociedad; que la virtud solo es un puñal en estos casos, con que se acaba de matar á un moribundo, y que valía más perder su alma y salvar una vida, cuando el alma es de la una obscura y pobre joven y cuando la vida es la de un rey grande y poderoso.

El duque de Orleans la miraba con la mayor admiración oyendo aquella elocuencia del corazón, de que se había sentido inspirado repentinamente, como esas flores que se abren en una sola noche.

— Sois una joven admirable, la dijo el duque, y seríais un ángel bajado del cielo, si fuera cierto lo que me acabáis de contar; quiero creerlo, sin embargo, y pidiros perdón de haberos ofendido; ¡os amaba tanto!

— ¡Y yo no os amaba, monseñor! ¡Oh! ¡si hubiéseis sido desgraciado!...

— ¡Oh! Carlos, Carlos, exclamó el duque de Orleans dándose una palmada en la frente.

En este momento entraba el rey. Los dos hermanos se abrazaron estrechamente; maese Guillermo venía detrás del rey.

— Monseñor duque de Orleans, dijo, á Dios gracias, ya tenemos al rey en muy buen estado; así, pues, os le devuelvo sano y libre. En lo sucesivo es preciso tener mucho cuidado en no disgustarle, ni

ocuparle mucho, porque todavía no tiene la razón muy segura; pero lo que os recomiendo particularmente, dijo mirando á Odetta, es que no le separéis de su ángel tutelar; mientras que ella esté á su lado respondo yo de todo.

— Maese Guillermo, respondió el duque, aprecio en su justo valor vuestra ciencia, que todavía es demasiado necesaria al rey, para que penséis en separaros de él.

— ¡Oh! monseñor, dijo maese Guillermo moviendo la cabeza, en el día solo soy un pobre anciano, débil é impotente, que ni aun puedo soportar la vida de la corte; dejadme, pues, que me vuelva á mi villa de Laón. Mi destino está cumplido; ya puede venir la muerte cuando quiera.

— Maese Guillermo, dijo el duque, también los duques de Berry y de Borgoña tienen la obligación de recompensaros cual merecéis; me lisonjeo, pues, de que la recompensa será rica y hermosa. Sin embargo, si acaeciére que no quedareis contento de ellos, presentaos á Luis de Orleans, y estoy seguro quedaréis convencido de que no ha usurpado la reputación que tiene de espléndido.

— Dios ha hecho más de lo que pueden hacer los hombres por mí, repuso maese Guillermo incli-

nándose, y lo poco que le resta que hacer será siempre demasiado para lo que yo merezco.

Maese Guillermo se volvió á inclinarse y salió del cuarto. Á pesar de las vivas instancias que le hicieron, dejó al día siguiente el castillo de Creil para volver á su casa en las cercanías de la villa de Laón, de donde jamás quiso volver á París, á pesar de haberle ofrecido mil coronas de oro y puesto á su disposición cuatro de los mejores caballos de las caballerizas reales.

El rey volvió á su palacio de San Pablo, en cuyas inmediaciones proporcionó una modesta habitación á Odetta, y todo entró en el mismo orden que tenía antes de la enfermedad. También se apresuró á encargarse de los negocios del gobierno para dar su apoyo á una grande y santa empresa que siempre había tenido intención de llevar á cabo; una cruzada contra los turcos.

Durante la permanencia del rey en Creil habían llegado á París embajadores de Segismundo, y éstos contaron los proyectos de Bayaceto, que acababa de suceder á su padre, muerto en una batalla campal: pensaba el nuevo rey invadir la Hungría, penetrar por todos los reinos de la cristiandad sometiéndolos á su dominación, y permitiéndoles continuar en su religión, entrar después

en Roma á viva fuerza y dar un pienso á su caballo en el altar mayor de San Pedro. Tamañas blasfemias debían excitar la indignación de todos los que abrigaban un corazón cristiano: así es que el rey Carlos había jurado que la Francia, hija primogénita de la Iglesia, jamás consentiría tan abominable profanación, aun cuando tuviese que salir él en persona á combatir los infieles, como lo habían hecho en otros tiempos sus predecesores Felipe Augusto, Luis IX y Luis VII.

El conde de Eu, que había tomado la espada de condestable de manos de Clisson, y el mariscal Boucicaut, que había viajado por los países infieles, apoyaban con todas sus fuerzas la resolución del rey, diciendo que todo caballero que se santiguase estaba obligado á formar liga común y marchar contra el enemigo.

Mas el que había abrazado con mayor ardor el proyecto de aquella empresa, era el duque Felipe de Borgoña: movíanle á ello las instancias de su hijo el conde de Nevers, que esperaba ser nombrado jefe de aquel escogido ejército y con él llevar á cabo las más famosas proezas. Ninguna oposición encontraron estas pretensiones en el duque de Berry, de modo que el consejo las adoptó sin detenimiento alguno. Los embajadores fueron

despedidos en nombre del rey; despacháronse mensajeros al emperador de Alemania y al duque de Austria pidiéndoles libre paso por sus estados; escribieron también al gran maestre de la orden Teutónica y á los caballeros de Rodas, anunciándoles que Juan de Borgoña iba á socorrerlos acompañado de mil caballeros y escuderos, escogidos entre los más esforzados de todo el reino, para resistir á las amenazas y palabras del rey Bayaceto, conocido por Amurath-Baguin.

Con la mayor actividad se ocupó el duque de Borgoña en formar á su hijo la servidumbre militar que debía acompañarle, porque tenía el mayor empeño en que fuese digna de un príncipe de la flor de lis. Su primer cuidado fué el buscarle un caballero de conocida experiencia y acreditado valor que no se separase de su lado. Escribió pues al señor de Coucy, que acababa de llegar á Milán, pidiéndole que viniera á avistarse con él en su palacio de Artois, donde habitaba á la sazón. Sire Enguerrand admitió gustoso aquella cita, presentándose sin perder tiempo; apenas el duque y la duquesa le avistaron, salieron á su encuentro diciendo:

— Ciertamente, sire de Coucy, habrá llegado á vuestra noticia la cruzada que se está armando,

de la que ha sido nombrado jefe nuestro hijo; habéis de saber que este hijo será el sol de la casa de Borgoña, y que hemos determinado confiarle enteramente á vos y á vuestro valor, porque sabemos que sois el más hábil de todos los caballeros franceses en el ejercicio de las armas. Os rogamos, pues, que seáis su compañero y consejero durante el largo y penoso viaje que va á emprender, el cual pedimos á Dios con el mayor fervor sea para honra nuestra y de toda la cristiandad.

— Monseñor y señora, respondió el de Coucy, semejante demanda es una orden para mí, y Dios mediante, emprenderé este viaje por dos razones: la primera por devoción y por defender la fe de Jesucristo: la segunda por hacer todo lo posible para corresponder dignamente al honor que me tributáis. Sin embargo, recibiría gran merced si me dispensaseis del favor de esa responsabilidad, cometiendo tan grave cargo á otra persona más digna, por ejemplo, á messire Felipe de Artois, conde de Eu y condestable de Francia, ó si os pareciere mejor, á su primo el conde de la Marche: ambos se cuentan en el número de los caballeros que van en esa expedición, y ambos son más cercanos parientes vuestros, ya por la afinidad, ya por las armas.

— Sire de Coucy, interrumpió el duque, más que todos ellos juntos habéis vos visto y llevado á cabo. Conocéis perfectamente el terreno que tenéis que atravesar: son valientes y honrados esos caballeros; pero vos sois el más antiguo que cuenta la caballería, y por lo tanto renovamos nuestra demanda.

— Monseñor, contestó el señor de Coucy, obedeceré á vuestro requerimiento, y espero que con la ayuda de messire Guy de La Tremouille, de su hermano Guillermo, del almirante de Francia y de messire Juan de Vienne, saldré con honor de esta empresa.

Decidido este punto, se ocupó el duque en agenciar dinero para que su hijo fuese con el fausto y esplendor digno de él. Con motivo, pues de armarse caballero su hijo, impuso un nuevo tributo sobre todo el país llano, sobre los señores de las fortalezas y sobre los vecinos de las ciudades cerradas, que ascendió á 120,000 coronas de oro; pero como semejante cantidad estaba muy lejos de bastar para mantener el tren con el que quería se presentase, notificó á todos los señores y señoras que tenían fondos de él que se preparasen á partir, diciéndoles que les había nombrado para hacer parte de la comitiva de su hijo, dejándoles,

sin embargo, la libertad de redimir la incomodidad de este viaje pagando una cuota razonable. Esta cuota era de dos mil para los unos, de mil para otros, y aun de quinientas coronas de oro, según las rentas que producía cada fondo.

Las damas y caballeros ancianos á quienes, como dice Froissar, les asustaba tanto trabajo corporal, pagaron con la mejor voluntad el feudo del duque. En cuanto á los jóvenes, se les dijo que no era su dinero, sino sus personas, las que hacían falta; y por lo tanto que se dispusiesen á partir á su costa para acompañar en este santo viaje á su señor Juan. Este segundo impuesto le produjo al duque otras sesenta mil coronas.

Hiciéronse los preparativos y aprestos con tal prontitud, que el 15 de Mayo, estando todos ya dispuestos para la guerra, dió la señal de partida el conde Juan rompiendo él mismo la marcha: seguíanle más de mil caballeros y escuderos, gente toda de esforzado ánimo y distinguida cuna. El 21 del mismo mes entró todo el ejército en la Lorena; atravesando luego el condado de Bar y de Borgoña y pasando por la Alsacia, vino á hacer alto en Wurtemberg, después de haber atravesado todo el país de Aunay y el Rhin, desde donde pasó á la Austria y fué recibido con los mayores

honoros y muestras de estimación por el duque; que le estaba esperando; después cada uno se separó por su lado para hacer con más facilidad la travesía, habiendo señalado por punto de reunión la ciudad de Ruda, en Hungría.

Mientras que esto pasaba en el ejército, ventilábanse en París grandes é importantes negocios: habían llegado embajadores de Inglaterra pidiendo en matrimonio á madama Isabel de Francia, que todavía era una niña, para el rey Ricardo. Esta unión, dejando aparte la edad, era bajo todo aspecto conveniente: la Inglaterra, un reino, y Ricardo un rey que podían aliarse perfectamente con el reino y el rey de Francia. Además, esta unión ponía término á la guerra y exterminación que hacía cuatro años desolaba dos pueblos nacidos bajo el mismo cielo, ramas de un mismo tronco, que si bien cada una separada era débil, apoyándose el uno en el otro podíanse resistir á todas las tempestades. Fué, pues, decidido sin oposición el matrimonio y desposada madama Isabel con Ricardo de Inglaterra, que al año siguiente debía recibirla en Calés de manos del rey de Francia.

El método que maese Guillermo había dejado para cuidar de la salud de Carlos era puntualmente seguido, con particularidad en todo lo que tenía

relación con las distracciones que le había recetado. Así es que diariamente se sucedían los paseos á caballo, los banquetes, ya en el Louvre, ya en palacio, y los bailes y saraos en el de San Pablo: cada uno de por sí y todos juntos daban tormento á su entendimiento para hacer la corte al rey, inventando algunos caprichos nuevos, siendo siempre mejor recibidos los más extravagantes. Odetta tomaba muy pequeña parte en todas estas fiestas, de las que su cándido y melancólico carácter la hubiera alejado, aun cuando no hubiese existido una causa más sagrada que le impedía asistir á ellas. ¡ Iba á ser madre !

El rey la amaba con ese amor profundo y reconocido de las almas grandes; ni un solo día pasaba sin que dedicase una hora á su dulce enfermera; y cuando recapitulaba por la noche las fiestas del día y por la mañana los placeres de la noche, le parecía siempre la hora que había pasado á su lado la más hermosa de todas las horas de su vida.

Andando el tiempo sucedió que por la época á que hemos llegado se casó un caballero de la servidumbre del rey, llamado Bermandois, con una señorita alemana, que lo era de la de la reina. Los augustos padrinos de los jóvenes decidieron en consecuencia que las bodas se celebrasen en el palacio

de San Pablo, y por lo tanto cada uno se puso á caza de nuevas invenciones, con objeto de que aquellas fiestas fuesen las más placenteras y agradables de cuantas hasta entonces se habían dado. Como el baile era de máscaras, quiso lograr el rey de Odetta que asistiese; pero ella se negó constantemente alegando el peligro de su situación y la debilidad de su salud.

El día de la boda llegó: cada uno había hecho con el mayor sigilo sus preparativos para aumentar el efecto con la sorpresa que esperaba producir: rompieron el baile varias cuadrillas de máscaras ordinarias; pero serían las once cuando se oyeron los gritos de paso, paso, y un *valet de pique* (1) y un *valet de carreau* (2) con alabarda en mano y vestidos con trajes característicos á su empleo, se colocaron en ambos lados de la puerta, por la que pasó casi al mismo tiempo una baraja completa: venfan los reyes colocados por antigüedad. David marchaba el primero, seguíale Alejandro, detrás de Alejandro, César, y por último, detrás de César, Carlo-Magno.

Cada rey daba la mano á la dama de su color;

(1) Corresponde á la sota de espadas de nuestra baraja.

(2) Corresponde á la sota de oros.

detrás de cada una de ellas venía un esclavo sosteniendo la cola de su vestido. El primero de los esclavos representaba el juego de pelota, el segundo el villar, el tercero el ajedrez y el cuarto los dados. Componían la comitiva que tras ellos venía, diez ases vestidos de capitanes de guardias, trayendo cada uno á sus órdenes nueve cartas: cerraban la marcha de aquella comparsa los *valets de trèfle* (1) y de *cœur*, que cerraron la puerta en señal, sin duda, de que no quedaba más gente que entrar.

La orquesta dió entonces la señal para empezar el baile, la que apenas fué oída por los *reyes*, *damas* y *valets*, formaron *terceras* (2) y *catorces* (3) con grande aplauso de la sociedad; habiéndose colocado, por último, los encarnados en un lado y los negros en otro, se terminó el baile con una contradanza general, en la que se mezclaron todos los colores sin distinción de edad, de rango ni de sexo.

Duraban aun las risas que había excitado aquel capricho, cuando se oyó fuera de la sala una voz

(1) Corresponde á las sotas de bastos y de copas.

(2) En los juegos de los cientos son tres cartas de un mismo palo.

(3) Suerte de dicho juego, que consiste en juntar los cuatro ases, reyes, etc.

que pedía en francés antiguo que abriesen la puerta. Como todo el mundo supuso que aquella demanda era hecha para la introducción de otra nueva comparsa, se apresuraron á satisfacer sus deseos. Efectivamente, el que reclamaba la entrada en el baile era un jefe salvaje conduciendo cinco de sus vasallos, atados los unos á los otros con una cuerda, y metidos en unos faldellines de tela, en la cual habían pegado con goma amarilla lino muy fino pintado del color de los cabellos: estos seis hombres parecía que iban desnudos y cubiertos de pelo como los sátiros. Las damas, como es de suponer, chillaron á porfía y retrocedieron al verlos, de modo que dejaron desocupado un gran círculo en el centro de la sala, en medio del cual entraron los recién llegados y ejecutaron diferentes bailes á cual más grotescos.

No bien habían pasado algunos instantes, cuando desapareció el miedo que su presencia había causado, y empezaron á acercarse todas las damas, excepto la duquesa de Berry, que se empeñó en no salir del rincón en que estaba. Notada su regugnancia por el jefe de los salvajes, se dirigió á ella para asustarla. En el mismo instante resonaron en la sala estrepitosos gritos: el duque de Orleans acababa de acercar imprudentemente una antoreha

á una de las máscaras, y fué tal la actividad con que se comunicó el fuego, que casi al mismo tiempo empezaron á arder los cinco salvajes que estaban atados el uno al otro. Uno de ellos se lanzó rápidamente fuera del cuarto; y otro, olvidando su propio peligro y sus dolores, prorrumpió en estas terribles palabras:

— ¡ Salvad al rey ! por Dios, ¡ salvad al rey !

Sospechando entonces la duquesa de Berry que el que se dirigía á ella era el mismo Carlos, se abrazó estrechamente con él, porque se había empeñado en volver hacia sus compañeros, á pesar de que de ningún auxilio podía servirles, exponiéndose inútilmente á ser quemado con ellos, y colgada de su cuello resistió á cuantos esfuerzos hacía, sin descuidarse por esto en pedir que viniesen á ayudarla.

Mientras que esto pasaba, continuaban oyéndose los gritos de dolor y la voz que decía con la mayor angustia: ¡ salvad al rey ! ¡ salvad al rey !

Horrible espectáculo era el de aquellos cuatro hombres ardiendo, á los que nadie osaba acercarse, porque la goma corría como un sudor abrasador por todo su cuerpo hasta el pavimento, y los pedazos que arrancaban de aquel traje maldito se llevaban tras sí otros de carne viva, cual otra

túnica de Nesso; de tal suerte, que según dice Froissar, inspiraba asco y piedad á la vez el ver y oír lo que en aquella sala de San Pablo pasó á las doce de la noche, pues de los cuatro que ardían dos estaban ya tendidos muertos y apagados en el suelo: el uno era el joven conde de Joigny y el otro sire Emery de Poitiers. Por lo que hace á los otros dos, fueron llevados medio quemados á su casa: el uno era messire Enrique de Guisa y el otro el bastardo de Foix, el cual continuaba diciendo con una voz moribunda olvidándose de su propio martirio: ¡salvad al rey! ¡salvad al rey!

El quinto, que era Nantouillet, salió ardiendo de la sala, pues había recordado en aquel crítico momento haber visto al entrar en la botillería dos grandes tinas llenas de agua, donde enjuagaban los vasos y salvillas, por lo que se dirigió hacia aquella parte para echarse en una de ellas; esta presencia de ánimo le salvó.

La duquesa de Berry se había cerciorado de que el que tenía en sus brazos era el rey, pues éste se lo confesó. Entonces, enseñándole á madama Isabel desmayada en los brazos de sus mujeres, había conseguido de él que corriese á su habitación á mudar de traje: el terror que su suerte había inspirado en un principio no tardó en calmarse,

porque al cabo de algunos instantes se presentó en la sala vestido con su traje ordinario.

Madama Isabel no recobró los sentidos hasta oír su voz, y aun entonces dudó largo trecho que fuese efectivamente él, y mucho más que nada le hubiese sucedido.

Desesperado estaba el duque de Orleans, pero su dolor solo servía ya para probar que á su excesiva imprudencia y juventud debía atribuirse aquel fatal accidente; decía á los que querían escucharle, que él debía sufrir el castigo y arrepentimiento, y que después de visto lo acaecido hubiese dado su vida por la de los desgraciados que acababa de matar. El rey le perdonó, porque era evidente que ninguna mala intención le había movido.

La noticia del suceso corrió todo París en pocos momentos, con la diferencia de que se ignoraba que el rey se hubiese salvado: esta circunstancia fué causa de que al día siguiente se agolpase el pueblo muy de madrugada por todas las calles inmediatas á palacio, murmurando en alta voz contra los jóvenes fatuos que hacían que el rey se entregase á semejantes diversiones. Comenzaron, pues, á decir que era preciso vengar su muerte matando á los que habían sido causa de ella, y no faltaron algunos que sospechasen del duque de

Orleans, á quien pasaba el cetro de Francia después de la muerte del rey.

Los duques de Berry y de Borgoña, de los que el primero venía de la torre de Nesle y el segundo del palacio de Artois, se encontraron por la mañana en el palacio de San Pablo. Acababan de pasar por aquellas oleadas del pueblo y habían oído el sordo rugir del león. Conociendo y temiendo su cólera, venían á ver al rey para aconsejarle que montase á caballo y pasease las calles de París.

Cuando el rey hubo consentido, el duque de Borgoña hizo abrir las ventanas, y asomándose al balcón, dijo en alta voz :

— El rey vive aun, buenas gentes, y ahora vais á verle.

En efecto, salió luego el rey acompañado de sus tíos, y después de haber cabalgado por toda la ciudad para calmar al pueblo, entró en la iglesia de Nuestra Señora, donde oyó misa é hizo sus ofrendas.

Volvíase ya hacia el palacio de San Pablo, después de haber cumplido con este deber, cuando al pasar por la calle de los Jardines oyó un grito tan lastimero, que no pudo menos de estremecerse y levantar la cabeza. La que acababa de dar aquel grito era una joven que estaba á la sazón medio

caída en los brazos de su nodriza. No bien la divisó el rey, cuando saltó del caballo y dijo á sus tíos que volviesen solos á palacio ; y corriendo hacia la casa donde estaba aquella mujer, subió rápidamente la escalera gritando fuera de sí :

— ¡ Qué tienes, querida hija mía, que estás tan pálida y tanto tiembblas ?

— Tengo, señor, respondió Odetta, el haberos creído muerto y el sentir ahora que me estoy muriendo.